

Emovirus primaveral

Pablo Gaytán Santiago*

Como toda expresión de vida y muerte biológica, el virus A-H1N1 se produjo bajo condiciones específicas. Al menos en nuestro país, de acuerdo a la información mediática de la que disponemos, el “caso cero” se manifestó en la comunidad de La Gloria en Perote, Veracruz, en donde se ubican las Granjas Carroll, franquicia de la trasnacional norteamericana *Smithfield Farms*, con sede en Carolina del Norte.

Caso cero del virus informativo

Mientras las masas inmunizadas a toda negatividad se evaporaban cotidianamente en las atmósferas del mimo; deleitadas por el magma comercial de productos para su cuidado corporal; entretenidas por el continuo programa mediático; abatidas emocionalmente por el melodrama en turno, la gripe porcina –ahora llamada mundialmente A-H1N1–, una quimera genética probablemente concebida en el fango fecal de las granjas porcinas industrializadas ubicadas en los verte-

deros del país, contagiaba a seres humanos produciendo con ello el inicio tanto de la pandemia por los virólogos tan temida como la movilización masiva de la población mexicana a través de estrategias biomediatías¹.

¹ “Hoy día, las estrategias del biopoder mediático están dirigidas a una sociedad que debe someterse, desde el punto de vista del poder, a las consecuencias de la crisis económica y sus procesos de reestructuración productiva (desempleo, disminución de salarios, recorte de prestaciones sociales, privatización de servicios sociales, aumento de pago de impuestos, endeudamiento mediante el crédito). Los primeros lances de la continuación de la guerra por otros medios –es decir, los electrónicos– los hemos visto ya en nuestro país a través de mensajes televisivos en donde los actores de los monopolios mediáticos invitan a las audiencias a someterse a la crisis, pues “de peores hemos salido”, p. 71. Gaytán, Santiago, Pablo. “De la comunicación a la democracia”. *Revista Metapolítica*, núm. 63, enero-febrero, 2009. México.

El virus no es una novedad, ya que éste es observado desde hace tiempo por los miembros de la biocracia mundial², quienes, hace seis años ya habían advertido de su presencia en la revista *Sciense* al decir que “tras años de estabilidad, el virus de la gripe porcina de la América del Norte

² La biocracia está integrada por los diferentes especialistas en investigación aplicada en salud y por los funcionarios adscritos a las organizaciones internacionales del sector, como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el Centro de Control de Enfermedades (CDC) en Estados Unidos, así como las instituciones de salud en nuestro país: Secretaría de Salud (SSA), Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER), entre otras, las cuales tienen por objetivo vigilar, prevenir y atender las manifestaciones de vida y muerte tanto del cuerpo humano como del cuerpo social.

* Profesor-Investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-X.

ha dado un salto evolutivo vertiginoso”³, pero al parecer debido a la influencia de los intereses empresariales de la industria agropecuaria, la biocracia no tomó las medidas preventivas al respecto, ya que afectaba la buena marcha de la economía mundial. El resultado; la virulencia mutante y mediática del virus A-H1N1 han sido más veloces que las burocracias sanitarias.

Como toda expresión de vida y muerte biológica, el virus A-H1N1 se produjo bajo condiciones específicas. Al menos en nuestro país, de acuerdo a la información mediática de la que disponemos, el “caso cero” se manifestó en la comunidad de La Gloria en Perote, Veracruz, en donde se ubican las Granjas Carroll, franquicia de la transnacional norteamericana *Smithfield Farms*, con sede en Carolina del Norte, escenario en 1998 de la aparición de una cepa muy patógena del virus mencionado.

Aunque la biocracia mexicana, integrada por la SSA y las instituciones y agencias de seguridad epidemiológica sabían de la existencia del virus y sus posibles manifestaciones desde el otoño del 2005⁴, en el mes de enero del 2009 sólo alcanzó a ubicar casos de neumonía “atípica” en algunos lugares de los estados de Baja California, Hidalgo, Oaxaca y en la mencionada comunidad de La Gloria. Las muestras del virus las tenían que enviar a los laboratorios de Winnipeg, Canadá, o al Centro de Control de Enfermedades (CDC), ubicado en Atlanta, Estados Unidos, de ello dan cuenta algunos medios escritos regionales de Veracruz.

Esta respuesta reactiva de los especialistas mexicanos, especie de grado cero en la eficiencia del control científico del virus, no sólo es resultado de la batalla desigual de los especialistas frente al “desconocido que llegó para quedarse”, sino sobre todo de los efectos de la escasa

investigación biomédica de los miembros de la comunidad científica de nuestro país, la dependencia biotecnológica y del empobrecido saber epidemiológico que tiene esta comunidad frente a las comunidades científicas de los Estados Unidos y Canadá.

A esta asimetría científica que produce lentas respuestas frente a las contingencias epidemiológicas, habría que sumarle la escasa investigación biomédica determinada por los bajos presupuestos estatales y el escaso interés de los investigadores mexicanos, quienes prefieren en la práctica disciplinarse a los lineamientos que les imponen las instituciones de financiamiento como CONACYT o las empresas farmacéuticas transnacionales. Con ello iniciaba el *striptease* del sistema inmunológico estatal.

Sin saber a ciencia cierta las características del virus, y por tanto sin capacidad para elaborar estrategias de contrainsurgencia viral, dado el proceso retardado del flujo de información México-Canadá-Estados Unidos, la biocracia mexicana yacía desde el mes de enero en una especie de pasmo sanitario, mientras ella misma era observada por el microscopio de los medios de comunicación nacionales.

Para los trabajadores de los medios, sean reporteros o reporteros gráficos, quienes siempre están en estrecho contacto con sus “fuentes”, en este caso con la de Política, lo cual nos habla de *la concepción mediático-política de la salud*⁵, el acontecimiento de los casos “atípicos” de enfermedades respiratorias cobró actualidad en el momento en que la agenda mediática, determinada por los directores de información, directores editoriales, jefes de redacción y líderes de opinión, así lo requirió⁶.

El virus biológico mutaría a virus informativo el 13 de abril⁷ cuando el periódico *Milenio* de Veracruz plantó la

³ Citado en Davis, Mike. “La gripe porcina desnuda a la moderna industria agropecuaria”. En *Milenio Semanal*. <www.milenio.com>.

⁴ Sistema de información de la biocracia mexicana: 1. Notificación obligatoria de enfermedades (1994); 2. Red hospitalaria de vigilancia epidemiológica (1997); 3. Reporte influenza (2005), el cual está ligado a los subsistemas de la SSA, IMSS, ISSSTE; 4. Centro Nacional de Vigilancia Epidemiológica y Control de Enfermedades (CENEVACE), el cual se encarga de “reportear” las enfermedades epidémicas. Una de sus oficinas se llama Instituto de diagnóstico y Referencia Epidemiológica (INDRE), que administra la Red Nacional de Laboratorios de Salud Pública (hace las pruebas de vigilancia epidemiológica), En la realidad cotidiana esta maraña burocrática que integra el sistema de información sobre enfermedades, recopila y sistematiza información epidemiológica. Con ésta las diversas instancias ejecutivas toman decisiones, muy lentamente. Cuando surge algún brote, ejemplo: “influenza”, 10 de abril, en La Gloria o Oaxaca, el centro de Salud local tuvo que informar a la “jurisdicción”. De ahí a la Secretaría de Salud estatal. Hasta llegar dos semanas después a la CENEVACE. Verticalidad, desinterés, burocracia, bloqueo, lentitud, tecnología vieja, etc., caracterizan a la estructura y a la biocracia.

⁵ Esta concepción quedó clara durante la contingencia, ya que ante la impotencia de la biocracia, el vacío científico y las manifestaciones neomedievales de la población, los medios tomarían la palabra, mediatizando el discurso y el saber sobre la salud y la vida.

⁶ Recordemos que a principios del año 2006, en el contexto de las elecciones presidenciales de aquel año, Televisa lanzó su estrategia mediático-política bajo el nombre de Estrategia 2006, la cual incluía, entre otros, el programa *Tercer Grado*, auténtica mesa editorial, en donde aparecen líderes de opinión, noticieros televisivos y radiofónicos, así como directores editoriales de periódicos como *Milenio*. El programa sigue funcionando, y un detenido análisis del mismo nos puede llevar a concluir que en éste se orienta la agenda mediática semanal. Lo mismo ocurre con los canales 7 y 13 de TVAzteca, y el Canal 40, ligados editorialmente a los periódicos *El Universal* y *La Crónica* (programas como *La entrevista con Sergio Sarmiento*, *Entre tres* con Federico Reyes Heróles, o *La manzana* con Pablo Hiriart). A este grupo lo podríamos definir como el intelectual mediático.

⁷ <<http://milenio.com.mx>>.

cepa-reportaje sobre los casos “atípicos” de neumonía de reciente aparición en las Granjas Carroll, en la comunidad de La Gloria en Perote, municipio de aquel estado, y como si fuera un efecto de contigüidad, los medios locales del vecino estado de Oaxaca reportaban el fallecimiento de una mujer por un “atípico” caso de enfermedad respiratoria⁸.

En suma, de un lado, las condiciones sociopolíticas demarcadas por la incapacidad estructural biomédica de la biocracia mexicana para conocer al enemigo viral que amenazaba (potencialmente) a la población del país y, del otro, por la propagación de la existencia del mal a través de los rumores transmitidos por enfermeras, médicos o el amigo del amigo que trabaja en el Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias o en el hospital de La Raza, y por las cepas informativas de los periódicos *El Universal* y *Milenio*, se conjuntaban a imagen y semejanza de una chispa que incendiaba los pastos secos de la noticia...

Lo único que puedo decirles es que la semana pasada una persona me comentó que su cuñado se puso mal de gripe, después neumonía y cinco días después falleció; el día de ayer mi esposa me marcó para comentarme que la esposa de un compañero que es médico residente, dos de sus compañeros residentes estaban entubados ya que se les había complicado mucho la influenza, así que yo no creo que sea sólo un caso esporádico, por lo que hay que poner mucha atención y cuidado. Por cierto mi esposa es investigadora en el Instituto Nac. de Pediatría y estamos en alerta y tratando de conseguir vacunas para nuestra familia, no vale de más, no quiero alarmarlos, sólo que tengan cuidado y poner atención.

(INFINEUM 2009-04-23|14:40

Benito Juárez)

Si no es una epidemia yo tengo varias preguntas, un amigo/vecino estudia la carrera de enfermería y me lo encontré hace un rato, me comentó que en su escuela (FES Iztacala de la UNAM) ya se suspendieron tanto las clases como las prácticas en los hospitales y les dieron la orden de estar atentos a los medios de comunicación.

⁸ En los días en que escribo el presente ensayo, de la misma manera en que ocurre la estrategia de limpieza en centros laborales y educativos, se está higienizando todo rastro informativo que tienda a ubicar la emergencia del caso cero de influenza; así, la nueva versión oficial ya no lo ubica en La Gloria, Perote, Veracruz, sino en Oaxaca. Se blanquea con ello toda posible relación de la influenza con las condiciones insalubres que rodean a las transnacionales agropecuarias.

Esto es porque las autoridades universitarias dieron la orden. Entonces, ¿por qué toman estas medidas y dicen que no pasa nada?

Sublevarte 2009-04-23|12:27

México D.F.

Estos dos testimonios electrónicos que comentan el reporte de la conferencia de prensa impartida por los encargados del Centro Nacional de Vigilancia Epidemiológica de la SSA, el día 22 de abril, publicado al día siguiente por el periódico *El Universal* bajo el sugestivo título de “Pega al país brote atípico de influenza”, evidencia la confluencia de rumor y toque viral de información. Así, a lo largo del día 23 de abril, el fenómeno más mediático que epidemiológico se extendió por las redes electrónicas, para construir una especie de sociabilidad telegenéticamente modificada⁹, que horas más tarde daría lugar al *reality show* de la influenza nacional.

Mutación biomediativa de la influenza

En el laboratorio de la realidad experimental, al mediodía del 23 de abril ya todos los medios electrónicos “informaban” en tiempo real a la teleciudadanía de la existencia de la influenza para iniciar la movilización “influenziadora” de una sociedad distraída en su mundo virtual. De ahí en adelante, como siguiendo el guión de una película de ciencia ficción, la hipnosis mediática se desarrollaba mediante repetitivas explicaciones de los locutores a sus audiencias sobre los síntomas de la epidemia, dando por hecho la existencia de la misma, cuando científicamente había muy pocos casos comprobados. Este hecho comunicativo es por lo menos paradójico, ya que nos muestra el uso de los medios electrónicos más avanzados por parte de la biocracia para informar a la población sobre una epidemia científicamente no comprobada, produciendo con ello efectos hipnótico-emocionales.

⁹ La sociabilidad telegenéticamente modificada es estructurada a través de los medios de comunicación, mediante la técnica del tiempo real. Mediante esa técnica comunicativa los receptores individualizados reciben mensajes, programas, órdenes para que desde la comodidad del telehogar se socialicen. Así, los teleciudadanos asumen esa sociabilidad, ya que han aprendido a lo largo de muchas horas frente a los medios cómo deben comportarse. Así estamos frente a una lógica cognitiva de los medios de comunicación, en donde efectivamente los teleciudadanos colaboran y “resignifican” los mensajes. Esta resignificación o apropiación en todo caso se da de manera individual sin efectos sociales inmediatos, ya que algunas veces el teleciudadano se rebela a través de las redes sociales, pero sin consecuencias en el espacio político.

Los medios entonces funcionaron desde el mediodía como auténticos “m(i)edos” virulentos, en donde el medio se convertía en mensaje (McLuhan, dixit), cargado de una amenaza verbal contra la vida de la población. Desde ese momento la virulencia mediática fue más intensa que los efectos de la influenza misma. Medio, miedo y mensaje comenzaron a fluir confusamente para hacer desaparecer de la pantalla toda realidad (si es que alguna vez estuvo presente en ellas), para desaparecer de ojos y oídos de los espectadores toda referencia a la crisis económica, la corrupción de la clase política, las reformas educativas, y los entretelones del mundo del espectáculo, para dar lugar a la realidad mediática de la influenza en tiempo real. El régimen de la continuidad del mensaje uniforme y repetitivo en inacabable bucle audiovisual¹⁰, estimularía durante las dos semanas siguientes el aparato anímico del público cautivo como suelen decir los especialistas en medición de audiencias.

Podemos decir que la imagen-bucle, imagen-reportaje y la imagen-editorializada trazarían entre el 23 de abril y el 6 de mayo el velo sobre lo real; lo único que existió en ese ciclo temporal fue la *influenza imaginada*, es decir, las audiencias se instalaban en un régimen de visibilidad forzada, en donde la epidemia sobreexpuesta era convertida en contenido de un reality show sanitario. ¿Quién sería el próximo nominado?, se preguntaba silenciosa la audiencia nacional.

Esta dramatización impuesta de golpe por los medios de comunicación (no habría que verlo como un plan maquiavélico, sino como una compleja dinámica comunicativa), presionó en tiempo real a una biocracia mexicana, reunida por la tarde del 23 de abril en la residencia presidencial de los Pinos, que confundida en primera instancia por las cifras epidemiológicas nada significativas y presionada por los miedos electrónicos, y en segundo lugar, por los limitados recursos humanos y tecnológicos actuó *reactivamente* haciendo caso omiso a la baja tasa de mortalidad, para extremar como cualquier

¹⁰ El bucle es el corte continuo y repetitivo de un mismo plano o una misma secuencia, lo cual produce una especie de mareo en el espectador, un vértigo cinético. El recurso fue utilizado en la década de los veinte por los cineastas de las vanguardias artísticas (Marcel Duchamp, Paul Eluard), ahora por los publicistas. De esa misma manera, entre el 23 de abril y el 5 de mayo los espectadores de los diversos medios pudieron aterrarse en tiempo real con las mismas imágenes bucle, aderezadas con los comentarios y las voces en off que les ordenaba “defender la vida” ante la amenaza del virus.

padre aprensivo, conservador y católico sus estrategias de “defensa de la vida”.

En esas condiciones de rehén mediático, el gobierno, convertido a esas alturas del psicodrama nacional en un actor más del complejo del espectáculo político integral (CEPI), casi a la medianoche, decretó en cadena nacional la “suspensión de clases en el Distrito Federal y el Estado de México” en voz del Secretario de la SSA (vocero del Consejo de Salubridad Nacional). Con este mensaje de gobernabilidad sanitaria la biocracia elevó la tensión dramática del psicodrama nacional, en donde un mal epidemiológicamente controlable se convertía en una amenaza omnipotente a la vida de la población en general. Esta decisión mediático-epidemiológica transformó inmediatamente a la población en un ente telespectador de su propio drama, digamos que en el vacío. Convirtió a la población en un objeto de movilización mediática neomedieval¹¹.

La violencia de la información adoptaba la forma virtual, ya que involuntariamente no trabajaba para establecer un mundo liberado de cualquier orden natural, en este caso, la de una amenaza viral que el telespectador común sólo había visto a través del contagio imaginario, en imágenes construidas digitalmente, en secuencias que mostraban a científicos trabajando con algún experimento desconocido o en secuencias de películas de ciencia ficción. Es decir en imágenes de síntesis, actuadas o reporteadas. Con esas imágenes los espectadores se convencían de la existencia de la epidemia, aunque algunos otros construían sus defensas, su inmunidad estructurando el olvido, la evasión o elaborando teorías del complot empresarial, todas ellas defensas interiorizadas que correspondían con sus medios de comunicación preferidos.

En “los días de contingencia” el telespectador no sabría de la existencia del virus más que por algunos casos *sobreexpuestos* en los diversos medios, el efecto fue la paralización individual y colectiva, ya que en el fondo, en los sótanos de la mente del televidente o el radioescucha, la memoria colectiva emergió con las imágenes de epidemias platicadas o vistas en las películas (el relato de la influenza española de 1918, la gripe que producía sangrado en la década del cincuenta, las películas *Epidemia* o *12 monos*, entre otras). Es

¹¹ Es neomedieval porque la decisión gubernamental se basó en criterios de fe ante la caída del sistema informacional, que coincidió con la cultura guadalupana de vastos sectores populares y clase media, que también se encomendaron a sus santos favoritos frente a la incertidumbre.

decir, al asustado telespectador se le removían los cientos de horas de imágenes y sonidos que yacen en los sótanos de su *inconsciente* óptico para manifestarse pasmosamente en inmovilidad colectiva.

En ese tiempo de instantaneidad eterna la ciudad de México escalonadamente se convertía por una parte en un vacío estudio mediático, y por la otra, en un inmenso conjunto habitacional poblado por clases medias ilustradas y populares, integrado por auténticos tele-hogares multimedia (TV, radio, internet, redes sociales), en donde una suerte de interactividad psicodramática doméstica e individualizada tendría lugar hasta el 6 de mayo, día en que se levantó el toque de queda sanitario. Fue el tiempo mediático de la *contingencia sanitaria*, en donde cualquier miembro de la población podía aspirar temerosamente a ser el próximo nominado o infectado según se quiera ver; el *imaginario sociomediático* elevaba el miedo a la muerte al nivel de un continuo horario triple A, y a los que estornudasen en auténticos sospechosos homicidas.

Sobre ese escenario se erigió la escalada de privatización social de la población, la cual aumentó de inmediato la capacidad de autocontrol sociomediático de los espectadores, ocasionada por la interiorización de las imágenes telegenéticamente construidas. Esto significa que de ahí en adelante las moléculas gasificadas que integran la masa expectante serían legibles en cualquier instante (si estornudaban), estarían sobreexpuestos en todo momento a las luces de la información (si tenían gripe o hacían cola para consulta en algún hospital), y sujetos a la exigencia de expresarse (hablando de cuantos temores tuvieran en los medios radiofónicos y electrónicos), confesándose frente al gran hermano y frente a los demás telespectadores, quienes representaron al mismo tiempo el papel de mirones y jueces. Todos esos “sí mismo” gasificados en las ondas de los medios electrónicos de comunicación aparecían anulados, insignificantes e irrelevantes frente al poder del mal invisibilizado y del poder biomediático.

En los días de la contingencia en su fase más elevada, la masa gasificada mediante el programa mediático fue reducida al laboratorio tele-hogar a un proceso de inmunización; inmune a la realidad por fuera de la pantalla, inmune a la información, inmune a la duda, inmune a la colectivización. Así es como los medios electrónicos convocaron a esta individualidad de masas a no “estar junta” en los espacios públicos y semipúblicos, tanto del entretenimiento como políticos, en malls, plazas, cines, estadios, parques. Esa condición

social vació de toda potencia política o de colectivización a los telespectadores para instalarlos en la individualidad inmune, resultado de una larga preparación individualizada realizada con técnicas institucionales (seguros de gastos médicos mayores, fondos de pensiones) y por biotécnicas individualizadas (para rendir más en el acto sexual, para rejuvenecer, cuidar el aspecto de la piel), desligándose así de los cuerpos grupales que les ofrecían hasta hace poco formas de ser-en-forma de comunidad política. La sociedad telegenéticamente organizada se inmunizaba frente al otro, provocando el vaciamiento de toda comunidad, pero al mismo tiempo produciendo una soledad extrema en las masas que interiorizaron el miedo a la muerte desde el resquicio del telehogar multimedia¹².

Antes de continuar permítaseme una disquisición foucaultiana. Si bien podemos decir que el manejo del riesgo epidemiológico por parte de la biocracia estaba impregnado por los matices imaginarios del padre perverso, protector y conservador (síndrome del Castillo de la Pureza), lo cierto es que la respuesta a la amenaza de muerte que pende sobre el conjunto de la población, responde a la necesidad de gobernabilidad sobre ella. En el contexto del drama temporario de la muerte multiplicada, la biocracia a través de la contingencia sanitaria puso en marcha una “tecnología del poder que se aplica a la vida de los hombres...destinada a la multiplicidad de los hombres (como)...masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad¹³”.

Evidentemente la política de contingencia sanitaria tiene que ver con la gobernabilidad, ya que la epidemia es al mismo tiempo un problema científico y político, es decir un problema biológico y de poder. Como problema biopolítico la epidemia A-H1N1 ha sido abordada como un acontecimiento aleatorio que se produce en la población con el propósito de intervenir sobre los niveles de mortandad. Dicen los epidemiólogos que se trata de mantener por debajo de cierta tasa mínima de infección a la población, con el fin de hacer desaparecer o controlar

¹² Existen testimonios de niños que enfermaron somáticamente de influenza, y de largas conversaciones telefónicas en donde un ama de casa le recomendaba a su amiga llevar inmediatamente al niño somatizado, o personas que no se atrevían a pisar ni siquiera un parque en los días de la contingencia.

¹³ Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. Akal editores. 2008. Buenos Aires.

la epidemia¹⁴. Es la expresión del “hacer vivir” o el “dejar morir” del poder, y ese es el objetivo de éste: regular la vida de la población.

Desde esta perspectiva el poder procura por medio del equilibrio global algo así como una homeostasis, es decir, la seguridad del conjunto con respecto a sus peligros internos que ponen en peligro su trascendencia o existencia. Y ese peligro interno es la muerte, por lo tanto, la consecuencia de sus medidas de “defensa de la vida” de la población, sean apresuradas o efectivas, es el miedo a la muerte, expresado por parte de la población en todas las estrategias de explicación a la epidemia. Habría que ver los rezos, el automedicamento, las compras de pánico de tapabocas, las teorías conspiracionistas o los rumores como una defensa tácita de la vida por parte del *individuo mediatizado*, así el individuo opta por las estrategias individualizadas de inmunidad. Finalmente hay que apuntar que el punto de vista de la gobernabilidad explica el sentido de las estrategias de inmunización social del cuerpo y la movilización biorregulatoria masiva que han puesto en marcha las instituciones sanitarias estatales e internacionales. Así, tendríamos que reconocer la capacidad de maleabilidad y adaptación que desarrolló el sistema político en esos días, ya que transitó de sus actos de fe a la estructuración de estrategias de biopoder. Ha funcionado como una máquina viva que aprende.

Inmunización social y espacio público vacío

En el tiempo de la instantaneidad inmovilizadora, en la medianía pasmada, la estrategia de la inmunización (contingencia sanitaria) como ejercicio político de protección negativa de la vida¹⁵ por parte de la biocracia mexicana escaló de la suspensión de actividades recreativas, culturales, y masivas, entre ellas las reuniones en espacios públicos y el fútbol, a la suspensión de toda actividad laboral. Mediante las diversas fases de la contingencia sanitaria el espacio urbano se desertificó para ser sustituido por la vida doméstica. Podríamos

¹⁴ Solé, Ricardo. *Redes Complejas*. Tusquets. 2008, p. 56.

¹⁵ La protección negativa preserva el organismo sometiéndolo a una condición que a la vez niega o reduce, su potencia expansiva...”La inmunización del cuerpo político funciona introduciendo dentro de él una mínima cantidad de la misma sustancia patógena de la cual quiere protegerlo, y así bloquea y contradice su desarrollo natural...”, p. 75. Esposito, Roberto. *Bíos*. Paidós.

decir junto con Roberto Esposito que “...así como en el ámbito biomédico (la inmunidad) se refiere a la condición refractaria de un organismo vivo, ya sea natural o inducida, respecto a una enfermedad dada. En el lenguaje jurídico-político alude a la exención temporal o definitiva de un sujeto respecto de determinadas obligaciones o responsabilidades que rigen normalmente para los demás”¹⁶.

Efectivamente estas estrategias biopolíticas vaciaron de facto el espacio público trayendo como consecuencia que los habitantes de la ciudad y áreas metropolitanas abandonaran sus obligaciones laborales, educativas y ciudadanas para participar del vaciamiento de los espacios de reunión en donde la comunidad se hace, lo cual significa la automática desaparición de todo sujeto ciudadano, sustituida por una suerte de individuo mediatizado y privado de la participación comunitaria. Así, inmunitas es la condición de dispersión de la obligación comunitaria y, en consecuencia, de defensa contra sus efectos expropiadores.

Asumidos como individuos gasificados, encasillados, domesticados, virtualizados, los habitantes de la zona cero epidemiológica, es decir de la ciudad de México y áreas metropolitanas, entre el 25 de abril y el 7 de mayo yacieron en la inmovilidad, para participar en el programa mediático de la contingencia, percibiéndose a sí mismos a través de los actores de su medio preferido, como si fueran miembros de una masa que vivía un virtual “desamparo organizado” (Hanna Arendt, dixit) sumida en sus soledades y peleas familiares, hipocondría, paranoia, terror al otro, terror a sí mismos, agudizadas conforme pasaban los días.

Otros optaron por construir paranoias conspirativistas, pusieron al día los cuentos de los sabios de Sion, alucinaron con guerras bioterroristas y teorías del shock, y otras imagerías y supercherías, más allá de esas defensas desde la subjetividad; lo cierto fue que, clavados en su conformidad o en sus paranoias narcisistas, los individuos no dejaron de ser eso, individuos-objeto de las estrategias biopolíticas, ya que la reacción no transitó a la acción colectiva.

Se produjo una suerte de no ser o no tener nada en común, se dejó el espacio vacío al sistema sanitario que, convertido en máquina de guerra, se dispuso a desterritorializar todo espacio simbólico y físico de inmundicia, o

¹⁶ Bíos, Esposito.

lo que ellos consideraran como ambientes propicios de contagio. Fue entonces que los fanáticos del fútbol observaron partidos de fútbol en estadios vacíos, los comensales solicitaron comida a domicilio, los antros se silenciaron, las escuelas relucieron silenciosas, los centros laborales de la ciudad servicio relucieron solitarios, mientras en el transporte público, el tapabocas, auténtico símbolo del hombre mediatizado y temeroso, agrupaba a los disciplinados conformistas para marginar al audaz pasajero sin tapabocas; el sospechoso era criminalizado y sancionado mediante la fulminante mirada ratonera.

Al mismo tiempo la estrategia de inmunización traslucía en la terminología médica de contingencia, cuerpo social, contagio, protección, medidas sanitarias, zona cero, caso cero, epidemiología, alerta sanitaria, estado crítico, emergencia sanitaria, entre otros con la cual el consejo consultivo sanitario observaba desde dentro y desde afuera al cuerpo social enfermo.

Un cuerpo social enfermo que se veía individualizado a sí mismo a distancia desde cada uno de los telehogares de la ciudad de México, el país y el planeta. El gran microscopio televisivo daba cuenta de ello, con sus noticias sobre el número de casos, sobre el número de pacientes o sospechosos. Un cuerpo en permanente visibilidad a través de cámaras que miden la temperatura del mismo, un cuerpo en participación forzada. Un cuerpo social inmunizado que encuentra en la complicidad automática de los miembros espectadores, su sociabilidad telegenéticamente construida. Un cuerpo social orgánico inmune que sólo entiende el lenguaje del chantaje, lo cual implica el sometimiento voluntario de cada uno de sus miembros, auténticas víctimas que gozan del mal que se les inflige, de la vergüenza que se les impone. Telespectadores inmunes que practican una especie de abyección interactiva y consensuada, y con ello los telespectadores han alcanzado un grado desocializador que les hace vivir su propia destrucción como un goce estético de primer orden, así lo experimental reemplaza por doquier lo real y lo imaginario¹⁷.

La desaparición gozosa de toda ciudadanía durante el tiempo de la contingencia sanitaria no sólo fue impuesta, también fue participativa o colaborativa como ahora gustan decir las corrientes constructivistas integradas de la socio-

logía. Fue participativa porque con el escalpelo de la cámara integrada a internet y con las herramientas de las redes sociales virtuales, miles de telespectadores electrónicos viviseccionaron y disecaron la dimensión relacional y social extirpándole todo lenguaje y contexto sociopolítico, ya que sólo mediante la acción colectiva en el espacio público (aunque sea virtual) el sujeto telegenéticamente construido puede dejar de ser objeto de movilización, para asumirse como sujeto político en el espacio público.

Durante la contingencia sanitaria el espacio público fue sustituido por el enorme estudio del psicodrama mediático: el reality show de la epidemia. Construido como la realidad experimental de una sociabilidad telegenéticamente modificada, en él observamos las imágenes de enfermeros ataviados como astronautas de las películas de ciencia ficción; vimos los montajes descontextualizados de entrevistas a familiares de enfermos y fallecidos a causa del virus; permanecemos despistados frente a enfermeros presentados como científicos; escuchamos a especialistas hablando como chefs del mediodía; dormitamos frente a otros telespectadores preguntando sobre las dudas diez mil veces despejadas. La pandemia representada como parque temático, en donde la ironía típicamente mexicana hizo su presencia una vez más para trivializar y eludir como los héroes agachados la responsabilidad moral y ética del momento.

Arresto sanitario domiciliario y efecto retornante

En la tercera fase de la contingencia (29 de abril-7 de mayo) que coincidió con el llamado fin de semana largo del primero de mayo, por decreto del Ejecutivo se suspendieron todas las actividades laborales, educativas y de entretenimiento, sintetizado en el llamado a no salir del hogar, o mejor dicho en el abierto arresto domiciliario, conjugado con la alerta sanitaria internacional.

En esta fase, lentamente los damnificados privilegiados comenzaron a emerger; empresarios, hoteleros, clase política, lanzaron cifras y datos sobre sus pérdidas económicas, anunciaron despidos anticipados, solicitaron créditos y privilegios fiscales. La contingencia sanitaria había provocado una suerte de aceleración de la crisis económica. Esa materialidad crítica fue el síntoma de que toda iniciativa de biopoder mediático siempre redundará en efectos negativos contra sus creadores. En este caso la inmovilidad producía efectos perniciosos materiales, que pronto tienen que reconstruirse para no poner en peligro la paz social.

¹⁷ El lector puede recordar los chistes sobre la influenza, sobre los cerdos, la intervención estética de los cubrebocas, o las frases irónicas sobre la clase política. Ahí podrán analizar las formas de este goce de la abyección.

Es el efecto retornante, es decir, aquel efecto propio de la producción electrónica de la imagen, en donde una imagen posterior desaparece a la anterior. En este caso la imagen de la epidemia fue rápidamente sustituida por la imagen de las corruptelas de la clase política. También por las saturadas referencias a la crisis económica, rápidamente fundida por un encadenamiento de imágenes de la violencia, el narco, la corrupción de la clase política, hasta llegar a la movilización anticipada del hartazgo frente a la clase política, expresada en la mediática campaña del voto blanco.

Pero esta nulidad e inmovilidad social fue efecto de la sociabilidad telegenéticamente modificada. Además fue resultado de la proximidad excesiva del evento, en donde el telespectador nunca creyó que en algún momento de su existencia viviría una experiencia sólo vista en las películas del género de ciencia ficción. El evento pasaría frente a sus ojos sin alcanzar a subjetivar los significados y consecuencias del mismo, debido a la excesiva proximidad del evento y su difusión en tiempo real. Esta cercanía generó indeterminación, una especie de virtualidad del evento que lo despojó no sólo de su dimensión histórica, sino también de su potencialidad de memoria.

Ahistórica y sin memoria de los acontecimientos, la masa telespectante, así como los medios, padecerían de un efecto larssen generalizado. Puro ruido sin consecuencias para los ciudadanos desaparecidos, ya que a esa estática le correspondió el vacío en el espacio público. Por ese motivo, la inmovilidad y la abyección nos quedan como fragmentos de un fenómeno que no alcanzamos todavía a comprender y sobre el cual especulamos demasiado. Hemos sido víctimas del vacío telegenéticamente organizado, el cual funciona como circuito integrado, gobernado por el efecto retornante. Pareciera ser que ya no podemos funcionar sin ver en tiempo real lo que estamos haciendo, y a tal grado ha llegado que hoy día vivimos una especie de cinismo mediático escenificado en la inauguración en La Gloria, en Perote, Veracruz, del monumento al niño cero; así como en el montaje de la identidad genómica del mexicano, en el programa mediático de México vive y las campañas mediáticas electorales edificadas sobre el miedo a la muerte y la seguridad individual.

Frente a esa velocidad de la instantaneidad y con los aparatos epistémicos rotos, los científicos sociales deberíamos de rehacer nuestros modelos de análisis, los cuales en estos días de virulencia han mostrado sus habilidades disminuidas, así como sus competencias totalmente deterioradas. ¿Qué podemos proponer?

¿Y después qué?

La contingencia sanitaria impuesta por el gobierno federal y de la ciudad de México, entre el 23 de abril y el 6 de mayo del año en curso, paradójicamente nos parece de un lado un acontecimiento sucedido hace mucho tiempo, debido a la nueva percepción del mismo al que nos han acostumbrado los medios electrónicos de comunicación (léase el tiempo real); y por otro, es imposible analizar el significado del fenómeno en su inmediatez. Nos extraviamos en su instantaneidad, ya que no alcanzamos a comprender su inserción en la trama de la larga duración del campo social histórico. Acontecimiento instantáneo y pérdida de mirada de largo alcance nos encadenan en las rocas de la crisis intelectual y de las ciencias sociales, las cuales quedaron desnudas a imagen y semejanza de las instituciones de salud del país.

Dicha crisis se manifiesta en la ausencia de estudios interdisciplinarios sobre los fenómenos desatados por el manejo científico de la vida, las estrategias de gobernabilidad sobre la vida, el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y su impacto sobre las nuevas formas de percepción y movilización sociopolítica, entre otros acuciosos temas, provocó una vez más el vacío de información sólida, científica y crítica sobre la epidemia por todos tan temida.

Este vacío de información y comunicación “alternativa” evidentemente fue substituido, como hemos visto, por una serie de explicaciones que oscilaron entre la fe y la especulación ideológica, trazando con ello una cartografía del pensamiento neomedieval en tiempos de la sociedad de la información. Una paradoja más: el pensamiento mágico-paranoico hegemoniza la vida pública de la sociedad tecnologizada.

Frente a esa crisis y vacío, la universidad tendría que hacer un ejercicio de autocrítica preguntándose sobre el origen de su falta de habilidades y competencias para dilucidar sobre el cumplimiento de sus tareas; este ejercicio es necesario sobre todo si reconocemos que la universidad forma futuros cuadros de la administración de las instituciones del Estado, profesionistas ligados a las comunidades, así como también su influencia en los comportamientos de los miembros de la clase política, quienes en su mayoría provienen de las carreras académicas ligadas a las ciencias sociales. Además recuerden ustedes a los comentaristas, ensayistas y especialistas de los medios de comunicación electrónica y escrita que provienen de nuestra universidad. En suma,

esta crítica responde a la necesidad del científico social y humanista que se piensa éticamente como un ciudadano que busca participar en el destino de su sociedad.

En un ensayo recientemente publicado, el sociólogo y antropólogo Roger Bartra se pregunta sobre el origen de la inhibición de la crítica en nuestro país. En su crítica encuentra que la actual organización académica en las universidades que privilegian a las ciencias duras, así como sus virtudes piramidales, provocan la indiferencia de los académicos frente a lo que sucede a su alrededor; a ello súmese la falta de recursos, la cultura del cangrejo, lo cual ha traído como consecuencia la falta de modelos, de construcción de proyectos consistentes y persistentes de largo plazo, y la ausencia de un conocimiento propio que obstruye el desarrollo intelectual, así como la expansión de una cultura de la apertura en el trabajo académico.

Más allá de estas pinceladas sobre nuestra cultura académica universitaria, que es importante tomar en cuenta, encuentro que los docentes e investigadores tendríamos que superar nuestra mirada corta, que inicia en nuestra práctica de “especialista”; solemos decir que nos hemos especializado en tal o cual tema, por lo regular, una unidad microscópica de la compleja realidad social, la podemos llamar de cualquier manera. Desde ese lugar, nos amurallamos epistemológicamente armados con nuestro instrumental técnico cualitativo o cuantitativo, para aislarnos en ese pedacito de realidad, renunciando con ello a toda posibilidad de conexión con los procesos generales.

No me refiero a las metodologías sino al talante, la hiperespecialización académica nos ha introducido al nicho académico, estamos desconectados al igual que el adolescente-estudiante que huye de toda socialización mediante los audífonos. Nuestra desconexión es epistemológica y de compromiso ético.

A este estilo académico que produce nuestro particular habitus sumemos precisamente la obsesión por el acontecimiento. Desde la especialidad el docente-investigador observa el acontecimiento sin atreverse a jugar con la transversalidad de la complejidad. Este es un tema a discutir: la idea que tenemos sobre el tiempo social, el espacio, y la seguridad que tenemos sobre nuestras teorías. Asimismo, la autoestima del científico social se podría elevar si superara las dicotomías modernidad-postmodernidad, modernidad-tradición, centro-periferia, así como sus propias sobreimplicaciones; por ejemplo, está muy de moda estudiar sus propios miedos, o los temas que le interesan sólo a su campo social. El especialista académico sufre de

desincronía, aislamiento, inseguridad y baja autoestima frente a la realidad; hoy día tiene que criticar en primer lugar la “naturalización” de lo social haciendo una profunda crítica a sus modelos teóricos, los cuales han sido superados por toda contingencia de la realidad.

En ese contexto académico cultural los científicos sociales universitarios son superados una y otra vez por la realidad que los rodea. En tiempos recientes no han sabido dar respuesta no sólo al fenómeno de la epidemia, sino también a la bulimia ciudadana frente al sistema político, a la deserción escolar, a la crisis de contenidos en las escuelas de educación media y superior, a las transformaciones que ha sufrido la institución familia, a las nuevas formas que adquiere el trabajo, a las formas de sobrevivencia de las clases populares urbanas, a la exclusión del arte y las humanidades en la vida social, a la conversión del arte y la cultura en mercancías insignificantes, al impacto en la vida social de la aplicación de la ciencia y la tecnología en el campo alimenticio, en el control de la vida.

¿Pero entonces qué podemos hacer para superar el acontecimiento y la inmediatez?

1. Una crítica al pensamiento técnico-científico instrumental dominante.
2. Una crítica a la estructuración medieval de los contenidos en la universidad, que administrativamente corresponde al modelo norteamericano y que culturalmente corresponde al modelo europeo ya superado.
3. Una crítica a la estructura curricular del sistema modular, que tienda a la construcción de un sistema complejo autopoietico.
4. Una crítica al habitus de los sectores administrativos, académicos y burocráticos.
5. Un debate sobre las nuevas formas que están adquiriendo las ciencias sociales, humanas y el arte en el mundo contemporáneo.

Estas son algunas zonas de la crítica. Sin esa premisa podemos iniciar con una serie de actividades basadas en las buenas intenciones, pero que no tendrán efecto alguno. Ya escucho el interminable rosario de buenas intenciones: instalemos una radio alternativa, organicemos un sistema universitario de salud de atención popular, estructuraremos brigadas sanitarias, reformemos los procedimientos. No, mi propuesta es que realicemos, como bien ha propuesto el sabio Edgar Morin, un ejercicio metacognitivo: ¿cómo pensamos, qué pensamos, desde qué lugar estamos pensando?

VOCES PARA LA LIBERTAD

Reflexiones sobre la represión

Marcela Suárez Escobar
(Coordinadora)

Con
socios

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo



Azcapotzalco